
Presentación

LEONARDO RODRÍGUEZ DUPLÁ

Departamento de Filosofía
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense
28040 Madrid (España)
leonardo.rodriguez.dupla@filos.ucm.es

SERGIO SÁNCHEZ-MIGALLÓN

Instituto de Antropología y Ética
Universidad de Navarra
31009 Pamplona (España)
smigallon@unav.es

Abstract: Emotions are a topic of growing philosophical interest. They are complex experiences with multiple effects in the human being. Such complexity demands a variety of balanced and adequate perspectives, and above all, a correct ordering of these perspectives. Phenomenology sheds light on this order via its description of emotional experiences.

Keywords: Emotions, experience, phenomenology, emotivism.

Resumen: Las emociones son sin duda un campo de creciente interés y estudio. Sin embargo, son experiencias complejas que incluyen diferentes problemas. Precisamente esta variedad de perspectivas exige mantener el equilibrio de los enfoques y, sobre todo, su orden. La fenomenología ilumina ese orden mediante la descripción de las experiencias emotivas.

Palabras clave: Emociones, experiencia, fenomenología, emotivismo.

RECIBIDO: NOVIEMBRE DE 2011 / ACEPTADO: NOVIEMBRE DE 2011

No parece necesario recordar que uno de los rasgos culturales de nuestra época es la importancia otorgada a las emociones. Desde luego, la valoración de este hecho puede ser diversa: desde verlo como reivindicación de un aspecto humano fundamental largamente menospreciado, hasta constatarlo como un signo de debilidad racional en favor de un emotivismo más bien ciego. Y, de hecho, ambas estimaciones son ciertas dependiendo de cómo se conciben las emociones. En cualquier caso, parece claro que en el modo de comprender las emociones se decide en gran medida la visión de la entera persona humana; sea para definirla en su núcleo más íntimo, sea para aclarar qué tipo de operaciones puede llevar a cabo.

Sin embargo, hablar de las emociones sigue siendo hoy una ardua tarea por lo difuso y vago del uso del término. Si bien hay acuerdo en que difieren de los actos intelectivos por su carácter pático o afectivo, y de los actos volitivos o tendenciales por carecer en sí mismas de movimiento práctico, cada vez cobra mayor conciencia la idea de la estrecha unidad y relación en el comportamiento humano entre los ámbitos intelectivo, volitivo y afectivo. Es más, precisamente es cada vez más claro que en la conducta humana las emociones juegan un papel crucial: son, por así decir, los puentes entre la realidad percibida y la actividad subjetiva consiguiente; están como a caballo entre la objetividad percibida y la subjetividad de quien las vive de cierta manera. Por eso, la doctrina que se sostenga sobre las emociones es esencial para comprender la propia identidad en relación con lo que nos rodea. Ciertamente, no es casual que cada determinada concepción de los sentimientos dependa de la idea del ser humano que se suponga y de la perspectiva gnoseológica que se adopte; dicho de otra manera, la teoría de los sentimientos de un autor o sistema revela en buena medida lo esencial de su antropología y de su enfoque metodológico.

Antes aludimos a la dificultad de la vaguedad del discurso sobre las emociones; prueba de lo cual es la ambigüedad de términos como sentimientos, afectos, estados anímicos, respuestas afectivas, etc. Pero la llamativa diversidad de doctrinas acerca de las emociones se debe fundamentalmente a que en ellas se entreveran tres cuestiones distintas, aunque relacionadas; a saber: la de la objetividad o subjetividad de las emociones, la relación que a través de ellas

se establece entre el alma y el cuerpo (o entre conciencia y organismo) y el tipo de experiencia (interna o externa) válida para el estudio de estas vivencias.

La discusión acerca de la objetividad o subjetividad de las emociones puede traducirse en si son o no intencionales. Quienes les niegan intencionalidad, y por tanto las declaran subjetivas, piensan las emociones como ciegos y simples estados de ánimo o reacciones ante algo percibido, y como mucho en vistas de una utilidad biológica más o menos programada. En cambio, quienes reconocen intencionalidad a las emociones —a cierta clase de ellas, claro está— sostienen, lógicamente, su consciente vinculación o referencia a alguna instancia objetiva. Ahora bien, dentro de este grupo hay quienes ven esa intencionalidad emotiva como en realidad derivada de la intencionalidad intelectual, propia de los juicios (como paradigmáticamente defiende Descartes), y los que descubren una intencionalidad propia e intrínseca de las emociones (según piensan los fenomenólogos, con Brentano como iniciador a la cabeza), lo que naturalmente no excluye la relación entre esa intencionalidad y la de las vivencias intelectuales.

En segundo lugar, es lógico que la cuestión de la relación entre alma y cuerpo —por simplificar la terminología— esté muy presente en el estudio de las emociones, toda vez que éstas las vivimos casi siempre a la vez anímica y corporalmente, y que las variaciones en el estado del alma o del cuerpo casi siempre se dejan sentir en ellas. Esa discusión antropológica, que surca toda la historia de la filosofía, oscila entre los extremos del dualismo y del monismo (de corte espiritualista o materialista en muy diversas variantes), pasando por los difíciles intentos de explicar la dualidad en un marco unitario.

El tercer problema es de índole metodológica a la hora de abordar el mundo de los sentimientos. Se trata de determinar el tipo de experiencia fiable para describir los sentimientos o afectos: la experiencia exterior (medible y verificable externamente) o la experiencia interior (basada en el testimonio de la propia conciencia subjetiva). Como se echa de ver, decantarse por privilegiar una u otra condicionará enormemente la idea que se acabe teniendo de las emociones.

Ahora bien, al vislumbrar este panorama y compararlo con la literatura filosófica sobre las emociones —dejando aparte, por tan-

to, los ensayos descriptivos de tipo psicológico meramente aplicado o educativo—, se observa una gran desproporción entre la abundancia de estudios acerca de las dos últimas cuestiones (la antropológica sobre cuerpo-alma o mente-cerebro, y la discusión metodológica) y la escasez de investigaciones sobre el primer problema (la naturaleza intencional o no intencional de las emociones). Además, esos abundantes estudios son a menudo más científico-experimentales que propiamente filosóficos, o quizá más precisamente, parten de una base científica de laboratorio y muchas veces arrojan luego conclusiones acerca de la índole misma de las emociones; o bien pertenecen al ámbito de la metodología o propedéutica tan propias de la filosofía analítica.

Tal desproporción podría constatarse simplemente como un acento de interés si no fuera porque a su través se corre el serio riesgo de distorsionar lo estudiado. Pues, mientras que esas dimensiones más atendidas parten de métodos prefijados o tienden a presuponer ciertas teorías antropológicas, la cuestión de la intencionalidad o falta de ella atañe a la naturaleza misma de las emociones. En otras palabras, mientras por un lado se inserta la emoción en una idea de hombre o se la somete a las posibilidades de una experiencia muy concreta (científico-experimental o lingüística), el problema de la objetividad o subjetividad trata de definir las emociones mismas a partir de la experiencia directa e inmediatamente descriptiva. Atender a esto último es lo único que puede darnos el fenómeno o dato mismo, sólo después de lo cual será posible y pertinente determinar qué teoría y método son adecuados a tal objeto. Invertir el orden de importancia y de atención mal nos conducirá a una visión ajustada y libre de tergiversación de lo que pretendemos estudiar.

Pues bien, es precisamente la fenomenología la corriente filosófica que se ha propuesto programáticamente y con el mayor empeño el imperativo de anteponer la fiel descripción de la realidad a la adopción previa de toda teoría y método; y concretamente, para el caso de las emociones, quien más ha atendido a la posible intencionalidad de las mismas como un rasgo fundamental de su índole propia.

Es ésta la razón principal de la elección del tema de este número de la revista. Motivo al que se añade el hecho de que las exploraciones llevadas a cabo por la fenomenología en el terreno de

las emociones son menos conocidas en profundidad (aunque curiosamente sean el lugar de referencia tal vez más común) que sus indagaciones en el ámbito de lo intelectual o de lo estrictamente práctico. Quizá la causa de tal desatención sea el descrédito de la noción de valor objetivo y, correlativamente, la desconfianza o escepticismo hacia unas emociones que pretendan presentarse a sí mismas como objetivas y fundar así una vida psíquica y moral consistente. De esta manera, nos ha parecido lógico e ilustrativo dar prioridad a representantes de la fenomenología más clásica y originaria: Franz Brentano, Edmund Husserl, Max Scheler, y también de la psicología y la psiquiatría, como Frederik J. J. Buytendijk; y atender a vivencias emotivas tan nucleares como el amor, el dolor y la felicidad, así como a la racionalidad e intencionalidad misma de las emociones.

Volviendo a la apreciación inicial, es ciertamente un logro la rehabilitación del mundo emotivo tras los excesos del racionalismo moderno, pero únicamente una cuidadosa atención a la naturaleza de las emociones (de todo tipo) nos protegerá del emotivismo inconsistente tan del gusto de la posmodernidad. En ello está en juego no solamente una disquisición académica, sino la entera concepción antropológica —intelectual y cultural—, ética, psicológica e incluso psiquiátrica.